Cataluña

revolución en clave posmoderna

Por Esteban Smolarz

Hegel dice en alguna parte que la historia se repite dos veces. Le faltó agregar: primero como tragedia y después como farsa. La archiconocida frase de Karl Marx ha sido empleada con frecuencia por académicos y líderes políticos, en el constante intento de interpretación de la realidad al que obligan los fenómenos sociales. El presente ofrece una nueva oportunidad de abordar los hechos a través de esa óptica, luego de que España viviese unas intensas semanas de agitación a raíz de lo ocurrido en Cataluña.

Los antecedentes históricos

La "cuestión catalana" siempre estuvo presente como un recordatorio incómodo de la fragilidad de todo sistema político, pero más aún el de un país con una historia tan singular como España. El precedente histórico más dramático es el de la guerra civil y la posterior dictadura de Franco. Cataluña se había erigido en el baluarte de la República, sostenida por las ideas comunistas y en oposición a la monarquía, el catolicismo y las tradiciones castellanas. Tras una resistencia heroica que no puedo evitar la derrota, las cuatro décadas de autoritarismo se caracterizaron en Cataluña por el ataque continuado a sus símbolos y rasgos identitarios, como por ejemplo el idioma.

"La "cuestión catalana" siempre estuvo presente como un recordatorio incómodo de la fragilidad de todo sistema político, pero más aún el de un país con una historia tan singular como España."

Con el retorno del sistema democrático, las dirigencias políticas madrileña y catalana supieron navegar las inciertas aguas del diálogo y del consenso, logrando preservar la estabilidad política, fomentar el crecimiento económico e inculcar en la población el sentimiento de unidad nacional, simbolizado por los Juegos Olímpicos de Barcelona 1992. A lo largo de las décadas de 1990 y 2000, las tensiones parecieron quedar en el pasado, gracias a la prosperidad, el orgullo de pertenecer a la Unión Europea (UE) y la sensación de que los lastres que por siglos aquejaron al país, como el subdesarrollo económico, el atraso político o el oscurantismo cultural, ya no volverían a adueñarse del destino de España.

Sin embargo, la crisis financiera mundial, que desembarca con fuerza en Europa hacia 2011, puso nuevamente sobre la mesa esos conflictos, alimentándose de viejos rencores y aprovechando que los roles se habían invertido. Ahora Cataluña es la región que más aporta al PBI español (19%) y a sus exportaciones (25%), disfrutando de una movida cultural dinámica y siendo el destino preferido de los turistas que visitan la península ibérica. Como corolario, hasta en el deporte ha habido ocasión de revancha, con el Barcelona de Messi opacando con sus éxitos la añeja superioridad del Real Madrid.

OCTUBRE NEGRO

Sin lugar a dudas Octubre de 2017 quedará en la memoria de cada catalán, de cada español, probablemente de cada europeo y casi podríamos agregar de cada persona en el planeta Tierra como el mes en que Cataluña jugó a la independencia. El proceso que comenzó el primero de ese mes, con la victoria del sí en el referendum independentista, cerró el 30 con lo que podría entenderse como la huida de su presidente declarado. En un vaivén constante político y económico, lo único que quedó claro es que España no estaba dispuesta a renunciar a parte integral de su territorio. El octubre convulsionado terminó en noviembre, convocando a elecciones para el 21 de diciembre.

La crisis financiera como disparador

Los cinco años que transcurren entre 2012 y 2017 fueron testigos de un sinfín de declaraciones, consultas, manifestaciones y decisiones legales tendientes a buscar la separación jurídica de la región con el resto de España. El movimiento independentista, aunque popular, encontraba dificultades para congregar suficientes apoyos políticos. Emulando a Hernán Cortés, el Parlament decidió en septiembre pasado quemar las naves y convocar un referéndum vinculante que obligaba a declarar la independencia en caso de triunfar el "sí". El Tribunal Constitucional nacional desautorizó tal llamado, ante lo cual el presidente de la Generalitat, Carles Puigdemont, decidió proseguir en lo que la pujanza económica sobre la que descansa este esfuerzo fiscal es posible por la inclusión de la región en España y la UE (ambas combinadas, significan el 80% de las exportaciones catalanas). Además, Cataluña fue la principal beneficiaria, por lejos, del fondo de ayuda a las regiones creado por Madrid en 2012 y de los abultados montos de deuda externa contraídos desde entonces.

Salió el tiro por la culata

Parece evidente entonces la intención de desentenderse de algunas obligaciones financieras y buscar de paso librarse de la tutela madrileña. El hecho es que los dirigentes catalanes, con total irresponsabilidad no han calculado los costos de su

para algunos fue un gesto de sentido coraje político, y para otros no más que un acto de desacato con consecuencias indeseables. Así, un 43% de los catalanes en edad de sufragar asistieron el 1º de octubre a los centros de votación. Las imágenes de los ciudadanos siendo golpeados por las fuerzas de seguridad enviadas por Madrid recorrieron el mundo e instalaron la idea de que se hacía visible una "grieta" con tintes ibéricos.

Pero las razones que explican la audacia de los políticos catalanes por declarar la independencia son bastante más prosaicas que el nacionalismo lingüístico o el recuerdo del franquismo. Cataluña es la primera región en lo que respecta a contribuciones impositivas, recibiendo comparativamente menos de lo que aporta al gobierno central. No obstante, posteriores al referéndum del 1º de octubre agravaron la situación, con el veloz traslado de las casas matrices de más de 2.000 empresas hacia otras regiones de España (el capital no entiende de épicas revolucionarias). Paradójicamente y a consecuencia de las interdependencias intrínsecas a la globalización, el poderío económico catalán, sustento basal de las pretensiones independentistas, constituye su principal limitante. Gracias a sus objetivos políticos, el separatismo está minando la base económica de Cataluña y, por lo tanto, su capacidad de influencia política.

Concluyendo, la fallida secesión de Cataluña representa el paradigma de lo que podríamos denominar una "revolución posmoderna": lejos de la gloria de la resistencia contra el fascismo durante la guerra civil, sus rasgos distintivos son un liderazgo que abraza la "ética de la irresponsabilidad", con Puigdemont a la cabeza, declarando una "independencia en suspenso" y luego huyendo del país; con sus militantes olvidando sus convicciones ante el más mínimo riesgo de perjuicio económico; y con un apego a la posverdad de los discursos esperanzadores que conmueve por lo rápido con que se choca de frente con la realidad. En definitiva, una travesura de en la cual la inmadurez de sus protagonistas no les permite comprender que, como afirmaba Lyotard, en nuestro mundo actual ya no hay espacio para los grandes relatos.

decisión. La capacidad de presión política catalana descansa justamente sobre su productividad, dependiente a su vez de otros mercados. Al cerrarlos, ya que una salida de España implica una salida de la UE (el gobierno de Rajoy bloquearía cualquier intento de admisión a una Cataluña independiente), ese dinamismo económico pierde fuerza, y consecuentemente todo reclamo político no será tomado en serio.

Con una ceguera que resembla al Brexit, los líderes catalanes se han encaprichado con objetivos que no aprueban un mínimo examen de racionalidad. Ese infantilismo ya le había costado a Cataluña perder su industria editorial (por las diferencias idiomáticas) y ceder a Madrid el rol protagónico como centro financiero del mundo de habla hispana. Los sucesos